

murmulio del agua corriente, eran la cariñosa voz del aire que movía las florestas de la *Argonne*: aquella campana que sonaba á lo lejos, era la de la iglesia parroquial de la aldea, festejando la vispera de San Nicolás... Su juventud sepultada durante veinte años bajo los papelotes administrativos, revivía, en toda su lozanía, y delante de él veía, trastornado, los hermosos ojos azules de *Claudette* y sus sonrosados labios que sonreían ingenuamente; todo esto hacía que su adormecido corazón se despertase y latiese en su pecho con agradable tic-tac...

La anciana señora se había despertado sobresaltada y balbuceaba algunas excusas. Hubert Boinville se levantó; era ya hora de despedirse. Después de dar mil gracias á la señora Blonet y haberla prometido volver á verla, dió la mano á *Claudette*. Sus miradas se encontraron y la del subdirector era tan brillante, que la joven bajó los ojos. Ella fué quien le acompañó hasta abajo, y cuando estuvieron en el dintel de la puerta la estrechó de nuevo la mano sin encontrar qué decirle...

El subdirector se había enamorado de *Claudette*, y cuando se encontró sólo en el tenebroso desierto de la calle de la Salud, le pareció que oía sonar en el cielo todos los violines de la fiesta de San Nicolás.

III

Hubert Boinville daba de nuevo, como se dice en lenguaje burocrático, «un activo é ilustrado impulso al servicio». La máquina administrativa había vuelto á amontonar sobre su mesa la tarea diaria de relaciones, volantes, comunicaciones, tarjetas, cartas del ministro y proyectos de decretos. Las sesiones del Consejo, las audiencias y las comisiones, no le habían dejado una hora libre para ir á la calle de la Salud.

Sin embargo, el recuerdo de la noche de San Nicolás, invadía su imaginación con frecuencia, aún en medio de su trabajo. Varias veces la radiante imagen de *Claudette*, le había distraído de la lectura de un expediente. Esta aparición revoloteaba para él como ligera mariposa azul; por la noche cuando el subdirector entraba en su triste habitación de soltero, ella le acompañaba y le parecía que le miraba de una manera burlona, mientras él arreglaba el fuego de la chimenea casi apagado. Entonces pensaba en aquella habitacioncita, en la cual la estufa zumbaba tan cuidadosamente en la alegre conversacion de la joven, que había resucitado por un momento las sensaciones de sus veinte años. En la regular monotonía de la vida atareada que él tenía, y en la cual las in-

timidades femeninas eran muy escasas, [la *soirée* pasada en la calle de Salud interrumpía como un claro bañado de sol, en medio de un llano brumoso, aquella monotonía. A veces, miraba melancólicamente en el espejo su barba, que empezaba á encanecer; pensaba en su juventud sin amores, y se decía como el bondadoso La Fontaine: «Ha pasado ya para mi el tiempo de amar?» Entonces era preso de una nostalgia de ternura que le entristecía el espíritu y hechaba de menos no haberse casado.

! Una tarde de aquel mismo mes de Diciembre, el orgullo, abriendo discretamente la puerta del despacho anunció á la señora Blonet.

Boinville se levantó precipitadamente y salió á recibir á la señora. Cuando esta se hubo sentado, la preguntó, poniéndose muy colorado, por su nieta.

—Está bien, muchas gracias, respondió; la visita de Ud. la llevó la buena suerte. Pretendía desde hace mucho tiempo una colocación en Telégrafos como ya os dije y recibí ayer el nombramiento. No he querido dejar á París sin despedirme de Ud. y demostrarle nuestro agradecimiento.

El pecho de Boinville se oprimió—¿Abandonan ustedes, á París? preguntó, ¿es en provincias esa colocación? ¡Marchan Udes. pronto?

—En la primera semana de Enero.

Adios, señor Boinville, ha sido Ud. muy bueno pa-

ra nosotras y *Claudette* me ha encargado mucho que dé á Ud. las gracias en su nombre...

El subdirector, absorto, no contestaba más que por monosílabos. Cuando salió la señora, permaneció largo rato pensativo. Aquella noche durmió mal, y al día siguiente estuvo muy mal humorado. A las tres de la tarde cogió su sombrero, salió del ministerio y tomó un coche.

Media hora más tarde llamaba á la puerta de la señora Blonet.

Claudette fué quien la abrió. Al ver al subdirector se estremeció, luego se puso muy colorada y en sus labios asomó una sonrisa.

—Mi abuela no está en casa, dijo, pero no tardará en venir, y se alegrará mucho de ver á Ud....

—No es á su abuela de Ud. á quien deseo ver, sino á Vd., señorita.

—¿A mí? repuso ella turbada.

—Sí, á Ud., dijo Boinville.. Su garganta se oprimía, buscaba palabras conque expresarse y le costaba trabajo encontrarlas:—¿Marchan Udes. por fin en el mes de Enero?

Ella contestó con un movimiento de cabeza afirmativo.

—¿No siente Ud. dejar á París?

—¡Oh! sí... Me causa pena... ¿Pero qué hacer? Esa colocación es para nosotras una fortuna y mi abuela podrá pasar tranquila los últimos años de su vida.

—¿Y si yo ofreciera á Ud. un medio de que se quedaran en París, asegurando la tranquilidad y el bienestar de la señora Blonet?

—¡Oh! caballero, exclamó la joven, cuya fisonomía se animó.

—Es un medio heroico, repuso él, con turbación: Ud. lo encontrará tal vez superior á sus fuerzas.

—Tengo valor... Dígalo Ud.

—¡Pues bien!, señorita... Se detuvo para respirar y, rápidamente añadió.—¿Quiere Ud. casarse conmigo?

—¡Dios mio! balbuceó ella y la emoción la cortó la voz.

El pecho de *Claudette* se agitó, sus labios se entreabrieron y en sus azules y grandes ojos brilló una dulce mirada.

Boinville no se atrevía á mirarla, temiendo leer una negativa en su rostro. Pero inquieto por su prolongado silencio, sin levantar la cabeza preguntó.—¿Me encuentra Ud, muy viejo? ¡Parece que se ha asustado Ud.!

—No estoy asustada, respondió ella sencillamente, sino turbada y... contenta!—Eso es demasiado para mí... ¡No me atrevo á creerlo!

—¡Querida mía! exclamó él cogiéndola las manos, créalo Ud. y crea sobre todo que el verdaderamente feliz soy yo que amo á Ud. con frenesi.

Ella permaneció silenciosa; pero en el resplandor

de sus ojos, había tal efusion de reconocimiento y de ternura, que Hubert Boinville no podía dudar. El leyó sin duda en ellos que la joven se creia tambien feliz por la misma razón, porque la atrajo hacia sí. Ella se dejó llevar y Hubert más atrevido, la besó las manos.

—¡Santa madre de Dios! exclamó la anciana, que llegó en aquel momento.

Se volvieron, él algo confuso y ella muy colorada y radiante de hermosura.

—Señora Blonet, pudo articular al fin con alegría, Hubert Boinville, no se escandalice Ud. La noche que cené en su casa, San Nicolás bajó por mi chimenea, como en aquellos tiempos en que yo era un niño, y me regaló una mujer... Aquí la tiene Ud., es su nieta. Nos casaremos lo antes posible si Ud. nos dá su consentimiento.

FIN.

UNIVERSIDAD DE NARIÓ LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
12123

MONTERREY, MEXICO

Gordal